

VIOLENCIA, TECNOCRATISMO Y VIDA COTIDIANA. Por Rafael Angel Herra, Editorial Costa Rica, San José, 1984.

En uno de los capítulos con más fuerza de la obra de Herra, el autor recuerda el mito babilónico de la creación; Marduk mata a Tiamat, pero de su cadáver hace el cielo y la tierra. La violencia juega un rol, es necesario, forma parte de la naturaleza humana. El autor examina mitos, literatura, filosofía, teoría política y psicológica que explican y justifican la existencia de la violencia, y frente a ellas, sostiene un hipótesis: solamente la violencia que se ejerce a nivel individual, para la autodefensa (manifestación así del instinto de la vida) es explicable y justificable, todas las demás formas de violencia no tienen su raíz en la naturaleza del Hombre. La violencia es así un mal adquirido, del cual el Ser Humano podría liberarse. El planteamiento del autor es provocativo y cargado de humanismo. Ve la ruptura de las cadenas de Prometeo. Ese tema, el análisis de la violencia y el negarla en su necesidad ocupa la primera de las tres partes del libro, constituido por un conjunto de ensayos que respectivamente se agrupan sobre los siguientes temas—guías: *Violencia, Agresión y Legitimidad, Vida Cotidiana y Violencia, Tecnoocracia y Filosofía*. Personalmente nos parece la parte primera la más completa; la revisión de las teorías sobre la violencia es exhaustiva y la toma de posición que el autor va construyendo, al cuestionar las explicaciones que analiza es convincente, sólida.

Podría haberse pedido, sin embargo, más detenimiento en el análisis de la violencia en cuanto manifestación de la lucha social. El tema está incluido y analizado entre otros. Pero para nosotros, quizás por posición profesional, la hipótesis de la violencia como inevitable al confrontamiento de clase, como inherente a la dominación de unas clases por otras y por lo tanto susceptible de ser superada con la eliminación de las clases, es de capital importancia. Ciertamente las formas y raíces de la violencia en las relaciones entre seres humanos y de éste con la naturaleza son múltiples. ¿Pero sería la violencia social, la que guiaría la historia? ¿Visión simple, unilateral y quizás un tanto “pasada de moda” del marxismo decimonónico? . La realidad es más complicada y hay formas de violencia social al interior de, y entre formaciones sociales en tránsito al socialismo. Pero aún con ello, la praxis histórica se empeña en no desechar el hecho, fácilmente comprobable en nuestra región, de el conflicto entre intereses sociales enfrentados, re-

sueltos por la vía violenta y a la vez, de escasos ejemplos de alteraciones profundas en ordenamientos sociales que se alcance por vías no violentas. Decimos escasos para no desechar la no violencia de la enseñanza ghandiana.

¿Se justifica entonces alguna forma de violencia, por ejemplo la rebelión de los pueblos oprimidos, de las clases explotadas, como versión moderna de la guerra justa que permitía Victoria? . Se arguye que la violencia también está presente, pero de otra manera, en estructuras sociales. La desigual repartición de los bienes y servicios sociales, que permite a minorías vivir en la opulencia y condena a mayorías a vivir en la pobreza sería una de ellas. La insurrección contra la injusticia es una vieja forma de reacción de los oprimidos. Como los criterios de lo justo y lo injusto no pueden estar ausente, tiene que haber, sino en forma absoluta, sí un contenido de lo justo en uno de los bandos en confrontación. Las luchas sociales de nuestro tiempo, se guían por la idea antes mencionada, violencia para suprimir las causas sociales de la violencia y así extinguir a esta. Este punto de vista no está alejado del que construye Herra, niega como él a la violencia en cuanto necesaria, pero admite una forma (la de clases) como inevitable y necesaria precisamente para extinguirla. Formas de violencia (como la guerra) se vuelven así instrumentales; se justifican o no por la finalidad que persiguen (oprimir o liberar). Herra ha cuestionado, sin embargo, la afirmación de “el fin justifica los medios”. Ha señalado si no estaremos más bien ante enmascaramiento. “No son los medios de una acción lo que el agente valora, sino el fin por el cual éstos se oponen en función...el papel del filósofo es iniciar aquí la crítica del valor, es decir revelarlo, exponerlo, desnudar la falsa legitimidad que puede otorgarle a los medios a través del fin que califica”. El fin que se plantean pueblos en lucha es la construcción de ordenamientos sociales justos, igualitarios. Si estos se contriuyen, la lucha se habría legitimado. Solamente afirmarlo durante la lucha no es suficiente. Un ejemplo es la Kampuchea de Pol Pot. Es otra vez la praxis de las sociedades que se construyen, la que a nuestro criterio, legitimará el uso de la violencia social.

Sin duda otro de los aportes del libro es la parte segunda, que nos lleva al análisis de la formación de la violencia en la cotidaneidad de la vida de nuestro tiempo. Los medios de comunicación efectivamente hacen que aceptemos la presencia de la violencia, que nos asustemos ante ella.

La repetición incesante de imágenes de violencia en los medios de comunicación modernos, la reproduce. Sobre esto hay suficiente comprobación empírica. Pero nuevamente hay límites sociales a esta situación. En los países de economía de mercado, el gusto por la violencia es una mercancía más. Basta ver en el caso de Estados Unidos, las por lo 40 revistas existentes sobre el llamado *Bondage*, con relatos y fotografías de tormento y humillación de mujeres. Formas de violencia sado-masoquista convertidas en mercancía e inclusive justificadas. Una de las revistas de marras dice en su editorial "No hay Mujer más Hermosa que cuando en situación de servidumbre... por eso nuestra publicación toca el arte" (sic). Las sociedades de capitalismo desarrollado han alcanzado el bienestar material. Es la *Jauja* de los aparatos electrónicos y del Cable-Visión, y paradójicamente el ser humano se desintegra, en tanto que tal, en medio de ese bienestar. Las drogas y la violencia, en una y mil formas, son su *habitat*. ¿Porqué? porque todo ello es mercancía, se paga bien aún si destruye lo humano. Pues bien, nuestro argumento vuelve a la *praxis* de los tipos diferentes de sociedades. En las sociedades que se guían por el predominio de lo colectivo sobre lo individual, ese tipo de violencia cotidiana se reproduce menos, existe menos. No se considera válido que se le convierta mercancía, sino se le tiene como mal de origen histórico que deberá desaparecer. Con ello no debemos idealizar esas sociedades, capaces también de sus propias violencias aberrantes (Gulag), pero queremos ver la tendencia; hacia donde va el proyecto de sociedad, que es lo que se quiere construir, como se concibe la vida humana y los valores que la han de guiar.

En la discusión de la tercera parte del libro, Herra se ocupa de un tema particularmente actual. La cuestión de si la tecnocracia de nuestro tiempo es forma de liberación material o de dominación moderna. El autor aporta al debate que la ve como ideología, como "forma elaborada, inteligente y eficaz de la tradición idealista" que busca diluir y ocultar los mecanismos de control. El interés de nuestro tiempo sobre la tecnocracia tienen que ver otra vez con la cuestión de la libertad ¿Los robots vienen a asumir trabajo peligroso o pesado, o a eliminar mano de obra?. Por eso es necesario estudiar la tecnocracia, en la forma que lo hace el autor, como ideología que queriendo negar las ideologías, en realidad busca suplantirlas.

El libro, en su conjunto, es, dentro de lo que se ha escrito sobre el tema en América Latina, un aporte valioso, obligado. Y es hermosa una de las

conclusiones del autor. Ante la cuestión de la violencia, ante la revolución tecnológica, ante la destrucción ecológica, se pregunta si hay una "utopía moderna". La encuentra en los Derechos Humanos: "la utopía del hombre contemporáneo que por su medio se elige como persona". "Lo utópico, como producto específico de la facultad imaginativa del hombre, desborda el sufrimiento presente y el control represivo y finge, como *telos* necesario la opinión de un mundo libre y feliz. Idea última de la historia, la utopía de los derechos humanos es aquella desde lo cual y contra lo cual existe la represión: si hay represión, es porque se atenta contra algo que es y que debe ser: la utopía de los derechos". Un planteamiento de paradigma social, especialmente válido para nuestra región y nuestra época.

Gabriel Aguilera P.

RESEÑA HISTORICA DE LA IGLESIA EN COSTA RICA DESDE 1502 HASTA 1950. Mons. Víctor Sanabria M. Colección Centro América. Departamento Ecuménico de Investigaciones. San José, Costa Rica. 1984. 304 págs.

Constituye una muy grata sorpresa la edición de esta obra desconocida e inédita, escrita por el reconocido historiador eclesiástico y Arzobispo de San José, Monseñor Víctor Sanabria (1899-1952). La misma quedó lamentablemente inconclusa y ésta parece ser la verdadera causa por la cual no llegó nunca antes a publicarse. Tiene eso sí la fecha de 1946, que ha de corresponder al inicio de su redacción, lo que explica a final de cuentas que se trata de una obra de la última etapa vivida por su autor.

Pese a que el título de la obra indica que la misma concluye en 1850, año de la creación del Obispado de Costa Rica, el texto termina más bien en 1800, de modo que queda sin cubrirse el período de medio siglo, que habría permitido al autor enlazar con sus ya famosas obras, como son la relativa a Anselmo Llorente y Lafuente, a la Primera Vacante de la Diócesis y a Bernardo Augusto Thiel, que completan el siglo XIX, pues Thiel muere en 1901.

Estas anteriores consideraciones ilustran no sólo acerca de la calidad del Arzobispo como historiador eclesiástico, sino que muestran el significado del libro que comentamos, dentro del marco global de la obra de Sanabria en su conjunto. Intentó el autor redondear la temática, estableciendo un hilo